

LA FILIACIÓN ESPIRITUAL APROXIMACIONES A UNA REALIDAD²

Cuando recibí la presentación de la temática de nuestro coloquio³, y el título que se le ha dado, “Hija o hijo, entre intención y biología”, pensé que el tema que se me ha propuesto abordar, “La filiación espiritual”, bien podía, de hecho, encontrar allí su lugar, pues si la filiación espiritual es del orden de una intención, sin estar sistemáticamente ligada a la dimensión biológica de la filiación, con todo, no la excluye. Es precisamente la filiación espiritual la que da a la filiación biológica su sentido más profundo, más abierto, y en régimen cristiano, esa profundidad y esa apertura alcanzan una amplitud sin igual. ¿No es verdad, en efecto, que en una familia cristiana que no tiene miedo de serlo, el Espíritu Santo fecunda lo biológico en todos los niveles de las relaciones? Como fecunda el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, para que lleguen a ser el Pan de la Vida y el Vino del Reino eterno, el poder del Espíritu Santo está a disposición de todos los miembros de la familia, padres e hijos, esposos, hermanos y hermanas, para que ella sea un signo elocuente de la Familia original, fuente de todas las demás, la santísima y adorable Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Antes de entrar en el meollo del tema, quisiera proporcionar dos precisiones. La primera concierne al objeto de esta conferencia. Voy a hablar de la “filiación espiritual”, y no simplemente del “acompañamiento espiritual”, expresión frecuentemente utilizada hoy. La *filiación* va más lejos que el *acompañamiento* y significa una realidad mucho más profunda.

La segunda precisión concierne al método que voy a utilizar para desarrollar mi exposición. Elegí el camino de la aproximación, antes que el de la demostración, o, si ustedes prefieren, el camino de la experiencia más bien que el del estricto razonamiento. Desde todos los tiempos, ese fue el camino

¹ Abad de la Abadía de Citeaux, Francia.

² Traducción del artículo original en francés publicado en *Collectanea Cisterciensia* 75 (2013), pp. 27-40, realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae (Córdoba – Argentina).

³ Este artículo retoma una conferencia dada en el Centro Católico Universitario de Borgoña (Dijon, 12 de mayo de 2012).

monástico. Es más contemplativo que dialéctico, y se diferencia en esto del camino escolástico, universitario, como lo ha magníficamente mostrado Dom Jean Leclercq en un libro vuelto clásico: *El amor de las letras y el deseo de Dios*⁴. Vamos por lo tanto a aproximarnos a la zarza ardiente de la filiación espiritual sacándonos las sandalias de nuestras lógicas modernas y postmodernas. La filiación espiritual no las ignora, pero las precede, las incorpora, si es necesario las corrige, y de todas maneras, las hace ir más lejos a la medida de Dios que se revela a nosotros en su Hijo Jesucristo y por medio de su Espíritu de luz y de vida.

Primera aproximación: no todos somos padres, pero todos somos hijos⁵

Este es un hecho evidente, es la condición fundamental que todos compartimos. No todos somos padres, pero todos somos hijos. Venir al mundo nunca es una elección. No se nos ha preguntado si queríamos nacer. Pero a lo largo de los años, nosotros podemos madurar un comportamiento libre frente a la vida: podemos acogerla como un don y, en cierto sentido, “llegar a ser” lo que somos: hijos. Ese paso marca un giro hacia la madurez de nuestro ser y de la relación con nuestros padres, que se llena de reconocimiento. Para mí, ese paso tuvo lugar alrededor de los 15 años, cuando un sacerdote me dijo: “Olivier, ¿sabes que tienes padres poco comunes?”. Hasta entonces, yo quería a mis padres con toda naturalidad, sin plantearme preguntas. A partir de ese día, mi mirada hacia ellos se amplió, se profundizó. No era tan natural tener precisamente esos padres, de quienes yo había recibido la vida.

Esta maduración de mi condición filial hacia mis padres precedió en algunos años a una maduración mucho más fundamental, la de mi relación con Dios. Nacido en una familia cristiana, era conducido desde mi infancia por una fe recibida que nunca había cuestionado pero que, a fin de cuentas, no había verdaderamente alcanzado las capas más profundas de mi ser. El momento crítico llegó cuando tenía entre 18 y 19 años. Tenía la impresión de enredarme en una vida que no era escandalosa, pero que a pesar de todo estaba lejos de ser una vida cristiana auténtica. ¿Dónde estaba mi fe en lo cotidiano de mis días? ¿Dónde estaba ese Dios a quien se me había enseñado a rezar diciendo “Padre nuestro”, y sobre todo, cómo era mi relación con él? ¿Viva? No verdaderamente. ¿Tibia? Seguramente. Alrededor de mí, nadie se daba cuenta de que yo estaba en crisis. Crisis existencial. Crisis del sentido de mi vida. Sentimiento de estar en un callejón sin salida. Punto muerto. Hacia cualquier lado que girara, camino cortado.

⁴ J. LECLERCQ, *L'amour des lettres et le désir de Dieu*, Cerf, 1990.

⁵ Esta primera aproximación se refiere muy extensamente a las palabras de Benedicto XVI en el Ángelus del domingo 8 de enero de 2012.

Solamente más tarde, a la luz de la Palabra de Dios, pude entrever la acción del Señor en ese momento de mi historia. Él había confundido mis caminos para obligarme a un compromiso más total y más libre de mi condición filial con respecto a Él. Es Él quien me había dado precisamente esos padres como primeros profetas de su amor por mí. Rostro paternal de rectitud y de verdad, rostro maternal de ternura y de don. Recibiendo en mí ese amor humano, yo recibía de lo que era su fuente fecunda y bienaventurada: el amor divino, que había escrito mi nombre en su corazón y en las palmas de sus manos (*Is* 49,16). Mi filiación biológica había sido el canal de mi filiación intencional. Yo sabía por qué amaba y quería amar a mi padre y a mi madre. Y esta doble filiación estaba fecundada por el Espíritu Santo en quien ahora yo clamaba: “¡Abba, Padre!”. Era una filiación espiritual enraizada en la debilidad y la dignidad de mi ser carnal.

Delante de Dios, todos somos hijos. Es de Él de quien tenemos la vida, el movimiento y el ser (*Hcb* 17,28). Él está en el origen de la existencia de toda creatura, y es Padre, de modo particular, de cada ser humano. Tiene con él o con ella una relación única, personal. Cada uno de nosotros es querido y amado por Dios. Y en esta relación con Él, nosotros podemos, por decirlo así, “renacer”, es decir llegar a ser lo que somos. Ocurre por medio de la fe, por medio de un “sí” profundo y personal a Dios como origen y fundamento de nuestra existencia. Con ese “sí”, yo acojo la vida como don del Padre que está en los cielos, un progenitor que no veo, pero en quien creo y que siento, en lo más profundo de mi corazón, como mi padre y el de todos mis hermanos y hermanas en humanidad, un Padre inmensamente bueno y fiel.

Nadie puede hacerse cristiano por su sola voluntad. En cristianismo, como en biología, lo pasivo del nacimiento precede a lo activo del ser. Ser cristiano es un don que precede a nuestra acción. Ese es el sentido del sacramento del bautismo, ese nuevo nacimiento que precede a nuestra acción. Por la fe, podemos ir al encuentro de Cristo, pero sólo Él puede hacer de nosotros cristianos y dar a nuestra voluntad, a nuestro deseo, la respuesta, la dignidad, el poder —que nosotros no tenemos por nosotros mismos— de llegar a ser hijos de Dios.

Segunda aproximación: cuanto más la filiación biológica se difumina, más es el hijo quien hace al padre

En Cîteaux, nosotros vivimos según la *Regla de san Benito*, un documento legislativo del siglo VI, de tal calidad que, por decirlo así, ha eliminado en Occidente a todas las otras reglas monásticas. En el capítulo sobre la obediencia se lee esto:

“Los que son impulsados por el deseo de avanzar hacia la vida eterna, toman el camino estrecho del que habla el Señor cuando dice: *Angosto es el camino que conduce a la vida*. Y así, no viven a su capricho ni obedecen a sus propios deseos y gustos, sino que andan bajo el juicio e imperio de otro, viven en los monasterios, y desean tener un abad como superior. Sin duda estos tales practican aquella sentencia del Señor que dice: *No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió*⁶”.

Hay en este texto una frase breve que es reveladora de la manera como san Benito concibe la obediencia, y *más aún*, el conjunto de las relaciones en el monasterio: “Los que son impulsados por el deseo de avanzar hacia la vida eterna... desean tener un abad como superior”. El texto no dice: “ellos desean tener un superior”, sino: “desean tener un abad como superior”. En otras palabras, ellos desean que su superior sea un padre, un “*abba*”. En otra parte, san Benito recomienda con insistencia al padre abad acordarse de la manera como se lo llama –“abad”–, y mostrar con los hechos más que con palabras lo que ese título significa⁷. Se ve bien así que la obediencia monástica no debe ser comprendida como un vínculo jerárquico de superior a inferior, sino como un vínculo de filiación, más que de paternidad, pues en el texto que cité son los monjes quienes desean tener un padre y no el padre quien desea tener hijos, lo que está totalmente en la línea de la tradición monástica más antigua, la de los padres del desierto, donde el discípulo viene para ponerse en la escuela de un maestro, que se convierte para él en un “*abba*” a quien él pide una palabra de salvación. El itinerario ocurre en el sentido hijo – padre, y no a la inversa. Se está lejos aquí de la filiación biológica. La filiación es netamente intencional. Es el hijo quien hace al padre. Y mucho más profundamente todavía, como esta intención es la de un hombre que sale, impulsado por el Espíritu Santo, a la búsqueda de un padre espiritual, no hay que dudar en decir que estamos aquí en el orden mismo de la filiación espiritual. El hijo encuentra en su padre espiritual el signo, el rostro, y de alguna manera el “sacramento” de Cristo, perfecta Imagen del Padre celeste.

Lo que uno podría llamar “el nacimiento de un padre espiritual” es particularmente sensible en el caso de una elección abacial. Es un acontecimiento normalmente poco frecuente en la vida de una comunidad cisterciense, donde los abades y abadesas son elegidos *ad tempus indefinitum*, es decir por una duración indeterminada, en general bastante larga. La ritualidad de una elección abacial habla por sí misma. Por supuesto, ¡no hay candidato al

⁶ RB 5,10-13.

⁷ RB 2,1-3. 11-12. 30.

abadiato⁸! Todo comienza por la celebración de la misa del Espíritu Santo. La comunidad que debe elegir a su abad invoca al Espíritu Santo sobre ella misma para que pueda discernir y, en cierta manera, dar a luz al hermano que llegará a ser el padre de sus hermanos. Después la comunidad se reúne en el lugar y a la hora previstos. La elección es presidida por un abad del exterior, asistido por dos testigos. Cada hermano emite su voto bajo la forma de boleto secreto. Se procede a continuación al recuento de votos. Pueden darse varias vueltas. Para que haya elección se requiere la mayoría absoluta de votos, sin contar ni los nulos ni las abstenciones.

Cuando hay “elección”, el elegido puede siempre rehusar. Si acepta, es instalado en la sede abacial. Cada hermano viene a arrodillarse delante de él y coloca sus manos en las del abad diciendo: “Padre, le prometo obediencia hasta la muerte”. Después ellos intercambian el beso de paz. Es un momento de fe, cargado de gran emoción espiritual. Quien hasta entonces era un hermano entre sus hermanos, se convierte en padre de la comunidad y por lo tanto padre de sus hermanos. Ese misterio de fe y de amor no ocurre sin relación con el misterio que une a Jesús y María, y que se prolonga en el misterio que une a Cristo y la Iglesia. En la gracia del Espíritu Santo, la comunidad (que lleva entre nosotros el nombre de “Notre Dame de Cîteaux”) concibe a su abad y lo da a luz al mundo, como María concibe a Jesús y lo pone en el mundo, como la Iglesia concibe a sus hijos y les da nacimiento en el baño del bautismo para que ellos se conviertan realmente en miembros vivos del Cuerpo de Cristo.

Tercera aproximación: ¿hijo o hermano de su padre?

La historia monástica muestra que ha tenido lugar, a lo largo de los siglos, una hermenéutica de la *Regla* de san Benito que ha tenido tendencia a acentuar la relación hijo/padre, presente en la *Regla* pero más bien en filigrana, a expensas de la relación hermano/padre, que es más fiel a la letra del texto y por lo tanto a lo que lo inspira en profundidad. Esto ha dado a veces un tipo de relaciones infantilizantes, con un énfasis del abadiato que finalmente ha dañado a la misma vida monástica.

Me parece que podemos situar de modo bastante preciso el momento en que, en nuestra Orden, se produjo un giro, muy significativo del cambio obrado en las relaciones en el interior de nuestras comunidades, y más extensamente en la misma Iglesia. Es en 1975, cuando el abad general, en su carta anual, se dirige a nosotros, no ya como las veces precedentes diciendo: “Mis

⁸ “Para que un monje pueda ser elegido abad, es necesario que sea profeso de votos solemnes en la Orden desde por lo menos siete años. El candidato debe tener por lo menos 35 años” (*Constituciones de la Orden cisterciense de la estricta observancia*, 39,3).

queridos hijos y mis queridas hijas”, sino diciendo: “Queridos hermanos y hermanas”. El cambio no es anodino. El abadiato en cuanto tal no es cuestionado. El abad sigue siendo el abad, él es padre, pero se experimenta menos padre de sus hijos que padre de sus hermanos, lo que, no solamente es más fiel a las palabras de la *Regla de san Benito*, sino más fiel al misterio profundo de nuestras relaciones en la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Es posible que el contexto de nuestra sociedad haya incitado a ese cambio. Es mucho más probable que se trate de un movimiento de fondo, desde el impulso del Vaticano II, el cual sería su causa más profunda. No podemos olvidar en efecto las palabras de Jesús a María Magdalena en la madrugada de Pascua: *Ve a decir a mis hermanos: “Subo a mi Padre, el Padre de ustedes; a mi Dios, el Dios de ustedes”* (Jn 20,17). El autor de la *Carta a los Hebreos* va en el mismo sentido cuando escribe:

Convenía, en efecto, que aquel por quien y para quien existen todas las cosas, a fin de llevar a la gloria a un gran número de hijos, perfeccionara, por medio del sufrimiento, al jefe que los conduciría a la salvación. Porque el que santifica y los que son santificados, tienen todos un mismo origen. Por eso, él no se avergüenza de llamarlos hermanos, cuando dice: “Yo anunciaré tu Nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la asamblea” (Hb 2,10-12).

Algunos versículos más adelante, el autor insiste otra vez diciendo a propósito de Jesús:

En consecuencia, debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo (Hb 2,17).

Si Jesús, el enviado del Padre y su perfecta Imagen, se presenta a nosotros como *el Primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8,29), ¿seríamos nosotros verdaderamente fieles al Evangelio fijándonos exclusivamente en la sola dinámica de una relación hijo – padre? El Espíritu Santo hace salir de un bienestar espiritual que no hace crecer. Él realiza la revolución del amor lanzándonos hacia un Reino donde todas nuestras relaciones son renovadas por la fe en Jesucristo. Nosotros ya no conocemos a nadie con criterios puramente humanos, dice el apóstol Pablo (2 Co 5,16), y dice también: *todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo. Por lo tanto, ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús* (Ga 3,27-28). Esta renovación, esta transformación de todas nuestras relaciones, manifiesta la tensión escatológica inherente a la vida cristiana. Somos tanto *fili in Filio* (hijos en el Hijo) como *fratres in Fratre* (hermanos en

el Hermano). Esto quiere decir que una filiación espiritual, para ser auténtica y constructiva, debe crecer en el sentido de una relación hermano – padre que tiende cada vez más a convertirse en una relación de hermano a hermano, el hijo alcanzando progresivamente la plena medida de su libertad con respecto a su padre, y el padre no encontrando nada mejor que depositar confianza en su hijo para dejarlo realizar su propia aventura humana y espiritual. No obstante, esta confianza que se da, nunca deberá ser un abandono. El padre se mantendrá allí, siempre dispuesto, si llega el caso, a escuchar a su hijo y a responderle. Sería un error, en efecto, borrarse completamente de la filiación espiritual, de la dinámica hijo – padre, no solamente porque marca el origen de la misma, sino porque, inclusive cuando toma cada vez más el entretejido de una relación de hermano a padre que tiende a convertirse en una relación de hermano a hermano –*Todos ustedes son hermanos*, dice Jesús (Mt 23,8)–, no por eso permanece menos sino que continúa acompañando todo el crecimiento de ese movimiento de fondo. ¡Sabemos ya demasiado lo que resulta de una educación donde el padre está ausente! Ocurre lo mismo en la filiación espiritual. El hijo crecerá defectuosamente si su vínculo con el padre espiritual, bajo pretexto de crecimiento, quema demasiado rápido las etapas de un sano desenvolvimiento.

Cuarta aproximación: el hijo espiritual (o la hija espiritual) tiene necesidad de un padre maternal o de una madre paternal

Naturalmente, no hay filiación espiritual sin una relación con un padre espiritual o con una madre espiritual. Sin embargo, para aproximarnos más de cerca a lo que he llamado la “zarza ardiente” de la filiación espiritual, la afirmación tiene necesidad de ser más precisa, y por eso, hay que acordarse de lo que leemos en la Primera Carta a los Corintios: *Lo que es primero, no es el ser espiritual, sino el ser animal* [es decir el hombre terrestre] (1 Co 15,46-47), el hombre biológico nacido de la unión de un hombre y de una mujer como Dios lo ha querido en el alba de la creación.

Los primeros versículos del libro del Génesis ponen las condiciones indispensables para la fecundidad humana: *Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer* (Gn 1,27). Esta expresión, que revela nuestro origen –nosotros somos creados a imagen de Dios–, levanta también el velo sobre el misterio mismo de Dios. En el *Yo soy*, que se revela a Moisés en la zarza ardiente (Ex 3,14), el “totalmente Otro” de la divinidad no es sin una cierta relación con lo masculino y lo femenino de nuestra humanidad. El velo se levanta más aún en el alba de los tiempos nuevos, cuando el Hijo de Dios en persona se manifiesta entre nosotros. Aquel que el Padre engendra eternamente en el cielo, nace en la tierra de la Virgen María. No hay Hombre-Dios

sin mantener firme esta doble afirmación de fe: el divino engendramiento del Hijo por el Padre en la eternidad bienaventurada y su nacimiento virginal en nuestra carne de María, su madre, cuando llegó la plenitud de los tiempos. ¡Inefable misterio de la filiación de Jesucristo en quien se cumple la nuestra! El Hijo único de Dios que se recibe todo enteramente del Padre y lo bendice en el eterno júbilo del Espíritu, es el mismo que recibe toda su humanidad de la Virgen su madre por la potencia divina del mismo Espíritu.

Ya los profetas del Antiguo Testamento nos habían familiarizado con un Dios con entrañas maternas, que se conmueve con el pecado de su Pueblo pero que no puede quedarse en el castigo:

Mi corazón se subleva contra mí y se enciende toda mi ternura: no dare libre curso al ardor de mi ira [...] porque yo soy Dios, no un hombre (Os 11,8... 9). ¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré! (Is 49,15). ¿No es ese mismo Dios el que Jesús nos revela en su vida entera, en sus obras y sus palabras? ¿No es la imagen real de ese Padre con entrañas maternas que, cada día, sale para ver si su hijo regresa (cf. Lc 15,20; Tb 11,5)? El que me ha visto, dice Jesús, ha visto al Padre (Jn 14,9). Rembrandt ha comprendido magníficamente la revelación de este Padre con entrañas maternas. Su célebre cuadro “El regreso del hijo pródigo” nos lo muestra posando sus dos manos con fuerza y ternura sobre las espaldas de su hijo que regresa: una de esas manos tiene el vigor de un hombre, la otra la delicadeza de una mujer. Con una y otra mano, se dispone a levantar a su hijo para estrecharlo en su corazón.

Desde san Ireneo de Lyon, la tradición cristiana se complace en expresar el misterio de la paternidad divina hablando de las manos del Padre que son el Hijo y el Espíritu Santo⁹. Sin hacer injuria al adorable misterio de Dios tres veces Santo, se puede ver en esas dos manos alguna cosa que se parece a la virilidad del Hijo y a la femineidad del Espíritu Santo. Es con esas dos Manos que el Padre nos crea y nos recrea, con ellas Él nos hace hijos en su Hijo muy amado, desde los primeros momentos de nuestra existencia. ¡Maravillosa filiación humana, biológica, terrestre, consagrada en el bautismo a llegar a ser cristiana porque crística, y espiritual porque neumática, cuando se tiene la suerte de nacer en una familia cristiana! Esto es lo que hace la extraordinaria grandeza del sacramento del matrimonio y da a su fecundidad una amplitud divina. Evidentemente, por supuesto, es también en el abismo de ese misterio en el que toda filiación espiritual está llamada a nacer, a crecer y a desplegarse.

⁹ «El hombre es una mezcla de alma y de carne, y de una carne formada según la semejanza de Dios y modelada por sus manos, es decir por el Hijo y el Espíritu, a los cuales Él ha dicho: “Hagamos al hombre”» (IRENEO DE LYON, *Contre les hérésies*, Livre IV, Pr. 4 [SC 100, t.2], Paris, Cerf, 1965, p. 391).

No hay duda de que los vínculos que se establecen en lo que se denomina “los votos” de religión (obediencia, pobreza, castidad), encuentran aquí su verdadera razón de ser. En el monasterio, el abad ideal debería tener entrañas maternas. San Benito lo muestra en todo momento en su *Regla*, insistiendo tanto en el respeto de la ley común como en la adaptación constante que es necesario hacer de ella para el bien de cada uno. Por eso recomienda por encima de todo al padre abad mantener la virtud de la discreción. Discreción que le permitirá poner en práctica buenos discernimientos, hacer buenas elecciones, encontrar buenas medidas, tomar buenas decisiones. Podrían multiplicarse los ejemplos. Me contentaré con dar uno solo, significativo de toda la *Regla*. En materia penal, Benito no duda en decir que el abad debe reprender a sus hermanos y corregirlos, sobre todo a los espíritus rebeldes que murmuran y siembran turbación en la comunidad. Sería dejadez de su parte no intervenir. Pero san Benito se apresura en agregar:

(Que el padre abad)... “haga prevalecer siempre la misericordia sobre el rigor de la justicia, para que a él lo traten de la misma manera. Aborrezca los vicios, pero ame a los hermanos. Incluso, cuando tenga que corregir algo, proceda con prudencia y no sea extremoso en nada, no sea que, por querer raer demasiado la herrumbre, rompa la vasija. No pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña hendida. Con esto no queremos decir que deje crecer los vicios, sino que los extirpe con prudencia y amor, para que vea lo más conveniente para cada uno, como ya hemos dicho. Y procure ser más amado que temido¹⁰”.

El abad ideal no existe. Es muy importante para él conocerse suficientemente bien para equilibrar lo que falta a su personalidad recurriendo a otros hermanos. Si la mano masculina es la más fuerte, que encuentre entre sus hermanos una mano femenina para que la filiación que se instaure en la comunidad no caiga en un legalismo demasiado rígido. Si, por el contrario, es la mano femenina la que prevalece en él, que encuentre una mano masculina para evitar los lazos de una afectividad demasiado complaciente. La elección de sus principales colaboradores (prior, maestro de novicios, mayordomo, etc.) puede contribuir mucho a los equilibrios que favorecerán el crecimiento filial y espiritual de sus hermanos.

¹⁰ RB 64,10-15.

Quinta aproximación: ponerse en el camino de la filiación espiritual preserva de grandes peligros

En una comunidad monástica como la de Cîteaux, hay tantas maneras de vivir la filiación espiritual como hermanos hay. Yo podría decir también que hay grados de filiación espiritual. La filiación espiritual existe, pero la conciencia que los hermanos tienen de ella varía de uno a otro. Acercarse a esa zarza ardiente, encaminarse hasta entrar en ella para hacer allí su morada, es a la vez costoso y profundamente liberador. ¡Uno se quema! El yo del hombre viejo, desconfiado, individualista y autosuficiente, duda en ir en ese sentido. Presiente que dejará allí plumas, y, más que plumas, todo su caparazón. La desapropiación de sí, el nacimiento del hombre nuevo cuya existencia tiende a convertirse en pura receptividad, como la de Jesús, el Hijo de Dios y de la Virgen María, atrae y repele a la vez. Los que se arriesgan a esto, impulsados por el Espíritu Santo, son los únicos que saben cuán liberadora es esta experiencia. Da una seguridad que no se asemeja a ninguna otra, que se verifica en particular cuando se pasa por momentos de crisis.

He constatado en varias oportunidades que los que tienen una relación de este tipo están mejor armados que los demás para atravesar las crisis y salir de ella, porque ellos no están solos. Y a la inversa, una de las principales razones que explican que algunos se encuentran en situaciones dramáticas y a veces inextricables, proviene del hecho de que han descuidado aproximarse con fe a la zarza ardiente de la filiación espiritual. Sin duda han iniciado una relación de ese tipo al comienzo de su vida religiosa o en los primeros tiempos de su formación en el ministerio, pero al pasar los años, con las responsabilidades que llegan, no la han mantenido. Sin tenerla en cuenta, han caído en una suerte de autismo espiritual que no los ha preparado a defenderse contra la ola lista para arrastrarlos. Ni siquiera la han visto venir, o si la han visto, era demasiado tarde.

Me acuerdo de un monje inteligente, simpático, fraternal, al que encontraba cada año con placer al visitar su monasterio. Un día, le pregunté: “¿Tienes alguien con quien puedas hablar con confianza?”. Yo me refería a una relación si no de filiación espiritual, al menos de acompañamiento espiritual. Me dijo: “¡No!”. Era un hombre ya bien avanzado en la vida monástica. Le dije: “Atención, estás en un terreno resbaladizo”. Toda la tradición monástica, en efecto, recomienda la apertura de corazón. Es una de las grandes herramientas del arte espiritual. Si uno es para sí mismo el propio maestro, si uno deja de ser discípulo, de confiar en otro, de hablar de lo que agita nuestro corazón y nuestros pensamientos, uno corre el gran riesgo de ir a la deriva. Algunos meses después, me enteré de que ese hermano había dejado la vida monástica. Era un asceta, muy exigente consigo mismo y con los demás, sin duda demasiado exigente. A fuerza de tensar el arco, había terminado por

quebrarlo. Yo le había citado las palabras de san Bernardo: “El que es para sí mismo su propio maestro, se convierte en discípulo de un tonto”¹¹. Bernardo, con todo lo santo que era, tuvo necesidad de abrir su corazón a un padre espiritual. El cura de Ars también.

Hay una manera de estar tan seguro de sí, que uno se coloca al borde de una gran catástrofe. Ese fue el caso para ese hermano. Antes de echar por la borda la vida monástica, su abad tuvo largas conversaciones con él. Lo enfrentó con la seriedad de su profesión religiosa. Él se había comprometido públicamente para siempre, no sólo con Dios sino con una comunidad particular. Ese compromiso se inscribía en la Alianza nueva y eterna sellada en la sangre de Cristo, celebrada cada día en la Eucaristía. La comunidad que lo había recibido para siempre, *¿acaso no tenía alguna cosa que decirle? Pero no, él no podía escuchar nada, bloqueado como estaba en una forma de autismo espiritual. No valía más la pena proponerle lo que fuese: retiro de discernimiento o año sabático cerca de un maestro o en otro monasterio; él sabía. La relación de consejo no tenía más ninguna influencia sobre él. Partió entonces sin amargura, pero fríamente. Fue una gran prueba para su comunidad y un desgarró para su abad. Dicho esto, la providencia sigue velando. Ese hermano se ha vuelto a ubicar en la vida, y su abad sigue estando en relación regular con él.*

Sexta aproximación: Jesús en búsqueda de una madre

El Evangelio de san Mateo nos relata un episodio impresionante:

«Todavía estaba hablando a la multitud, cuando su madre y sus hermanos, que estaban afuera, trataban de hablar con él. Alguien le dijo: “Tu madre y tus hermanos están ahí afuera y quieren hablarte”. Jesús le respondió: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”. Y señalando con la mano a sus discípulos, agregó: “Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”» (Mt 12,46-50).

Hay aquí una especie de redoblamiento de la filiación espiritual. Cuando hacemos la voluntad del Padre, nos convertimos para Jesús en un hermano, una hermana, una madre. Vimos con anterioridad que Jesús resucitado considera a sus discípulos como *hermanos*. Pero en la perícopa que acabo de citar, Él va más lejos. Nos llama a convertirnos para Él en una *madre*. Este es el único pasaje de los evangelios donde tal vocación nos es propuesta: convertirnos para Jesús en una *madre*. En María, la Virgen de Nazaret, el Hijo

¹¹ BERNARDO DE CLAIRVAUX, *Lettres*, 87, # 7 (SC 458, pp. 464-465).

eterno del Padre ha recibido una madre llena de gracia que lo concibió del Espíritu Santo, lo puso en el mundo y lo siguió hasta la cruz. En el misterioso designio del Padre, esta concepción y esta puesta en el mundo deben extenderse a otros, a la multitud de los que escuchan la palabra de Dios y la guardan. Jesús está a la puerta y llama. Él querría encontrar en nosotros un seno de madre enteramente entregado al Espíritu Santo. Él querría venir a clamar en nosotros: “¡*Abba, Padre!*”, nacer en nosotros, no hacer nada sin nosotros, poder disponer de nuestra vida y de nuestra carne a la manera de María, la servidora del Señor. Sus más fieles amigos lo saben bien y se esfuerzan en responder lo mejor que pueden a su llamado. Pensemos por ejemplo en la beata Isabel de la Trinidad que quería que se obrara en ella “como una encarnación del Verbo”. ¡Cuántos otros han llevado ese gran deseo hasta la incandescencia! ¡Multitud innumerable de santos, inmensa nube de testigos que nos rodean y nos empujan hacia un camino donde la felicidad no termina!

De entre todos los autores cistercienses, hay uno que es quien particularmente ha desarrollado este llamado a la maternidad espiritual. Es el beato Guerrico, un escolástico de Tournai, entrado en Claraval bajo el abadiato de san Bernardo y enviado a la abadía de Igny, cerca de Reims, en la cual llegó a ser el padre abad. Él nos ha dejado 54 sermones de un valor espiritual indiscutible¹². En varias oportunidades, vuelve sobre la temática de la maternidad espiritual. Según él, pertenece por supuesto a la Iglesia que engendra en el bautismo a los miembros del cuerpo de Cristo. Pertenece a María, la madre de Jesús, imagen de la Iglesia, que Jesús en la cruz nos ha dado como Madre. Guerrico escribe:

“Esta única Virgen Madre, que puede glorificarse de haber engendrado al Hijo único del Padre, abraza a este mismo Hijo único en todos sus miembros y no se sonroja de ser llamada Madre de todos aquellos en quienes reconoce que Cristo está ya formado o en vías de formación¹³”.

Pero sobre todo —es la más sorprendente—, Guerrico llega a decir que nosotros compartimos con María su maternidad con respecto a Cristo. Figura tipo de la Iglesia, María lo es también del alma. Raramente esta idea ha recibido parecido desarrollo y se ha expresado en términos tan tiernos. Nosotros

¹² GUERRICO DE IGNY, *Sermons*, 2 vols. (SC 166 y 202), Paris, Cerf, 1970 y 1973. [N.d.T.: hay trad. castellana: GUERRICO DE IGNY, *La luz de Cristo. Homilias para el año litúrgico*. Padres Cistercienses, coedición Monasterio Trapense de Azul - Editorial Claretiana, Bs. As., 1983].

¹³ GUERRICO DE IGNY, *Premier sermon pour l'Assomption*, # 2 (SC 202, p. 417). [En la versión en castellano citada *supra*: *Sermón 47: En la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen I*, p. 416 —es la traducción que hemos tenido en cuenta aquí— (N.d.T.)].

somos madres del Niño que ha nacido no solamente para nosotros sino también en nosotros. El desarrollo de ese tema recibe su expresión más acabada en un sermón para la Anunciación:

“La Virgen que concibió a Dios por la fe, otro tanto te promete a ti si tienes fe. Si quieres recibir fielmente la palabra de la boca del mensajero celestial, puedes tú mismo concebir a Dios a quien todo el orbe no puede contener, concebirlo en el corazón, no en el cuerpo; y aun en el cuerpo, aunque no de manera corpórea y tangible, pero sí conforme nos manda el apóstol glorificar y llevar a Dios en nuestro cuerpo”.

[.....]

“Fíjate en la inefable dignación de Dios y a la vez en el poder de este incomprensible misterio: el que te creó es creado en ti, y por si fuera poco que lo tengas a él por Padre, quiere también tenerte a ti por madre. *Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Alma fiel, abre tu seno, dilata tus afectos, no te angusties en tu corazón, concibe al que la creatura no puede contener. Abre el oído para oír al Verbo de Dios; tal es el camino para concebir en espíritu en el seno de tu corazón¹⁴”.

Para ayudarnos a comprender ese gran misterio de la maternidad espiritual y a vivir de él, nada es más eficaz que la celebración de la Eucaristía. Cuando la Palabra de Dios, escuchada y hecha carne por el poder del Espíritu Santo en el sacramento del altar, se ofrece a nosotros en el momento de la comunión, nosotros somos libres para decir “Amén” al sacerdote que nos presenta el Cuerpo de Cristo. Estamos entonces en posición marial, como María que responde “*Fiat*” al ángel de la Anunciación. Jesucristo penetra entonces en el interior de nosotros mismos, en el templo de nuestro cuerpo. Nosotros lo concebimos en el pesebre de nuestro corazón. El cuerpo a cuerpo del sacramento obra el corazón a corazón que es adonde Él quiere llegar. Nosotros nos convertimos en “cristóforos”, portadores de Cristo. Nos corresponde a nosotros dejarlo crecer, hacerse grande. Nos corresponde a nosotros ponerlo en el mundo por nuestra manera de vivir. Nos corresponde a nosotros ir en su compañía por los caminos del Evangelio hasta la hora en que, elevado sobre la tierra, atrae todo hacia Sí. Por Él, con Él y en Él nosotros nos convertimos en los cooperadores de la gloria de Dios y de la salvación del mundo.

¹⁴ GUERRICO DE IGNY, *Deuxième sermon pour l'Annonciation*, # 4 (SC 202, pp. 139-141). [En la trad. castellana citada supra, *Sermón 27: Anunciación de nuestra Señora II*, pp. 280-281—es la traducción que hemos tenido en cuenta aquí (N.d.T.)].

Conclusión

- He intentado acercar la zarza ardiente de la filiación espiritual presentando seis maneras de contemplar sus llamas:
- No todos somos padres, pero todos somos hijos.
- Cuanto más la filiación biológica se difumina, más es el hijo quien hace al padre.
- *¿Hijo o hermano de su padre?*
- El hijo espiritual tiene necesidad de un padre con entrañas maternas.
- Ponerse en el camino de la filiación espiritual preserva de grandes peligros.
- Jesús en búsqueda de una madre.

Estas aproximaciones no son sino pálidos esbozos para describir una realidad que está emparentada con la relación del Hijo de Dios con su Padre. No hay que ver en ellas una sucesión de etapas a recorrer. Más bien se complementan las unas a las otras. Se podrán además agregar otras. Sería necesario sobre todo matizar lo dicho y reconocer que el tema sigue presentando espacios sin contemplar. Por ejemplo, en ninguna parte mencioné un aspecto de la filiación espiritual muy querido en nuestra Orden y que pertenece a su legislación más antigua, consignado en la *Carta de la caridad*, esto es, el vínculo que une una “casa madre” con sus “casas hijas”. No se trata más aquí de un vínculo de persona a persona, sino de comunidad a comunidad. Cuando los cistercienses hablan de Cîteaux llamándola “*Mater nostra*” o “¡nuestra Madre para todos!”, se trata evidentemente de un vínculo de filiación espiritual. Este vínculo solo ya habría merecido una conferencia.

Espero no haber chocado a nadie manteniendo mi tema en masculino. Ustedes habrán comprendido que todo lo que se ha dicho de la relación hijo – padre puede, por supuesto con matices, decirse de manera parecida, de la relación hija – padre, y, con otros matices, de la relación del hijo o de la hija con su madre. Habrán comprendido también que la filiación espiritual tiene en cuenta las personas mucho más allá del simple “acompañamiento espiritual”. En el adorable misterio de la santísima Trinidad, el Padre y el Hijo no están simplemente en compañía el uno con el otro. Ellos no están el uno sin el otro. Es una cuestión de Vida eterna donada y recibida. Obra de amor a la cual Dios nos asocia desde el alba de su creación, y de manera más maravillosa aún, en los días de la redención.

Abbaye de Cîteaux

F – 21700 Saint Nicolas-Lès-Cîteaux

FRANCIA